

II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía

Mesa Redonda

“El malestar en la ciudadanía y su problematización en la Ética contemporánea”

CIUDADANÍA ONTOLÓGICA

Mariano Gialdino

Hijas son estas líneas de uno de los tres nortes hacia los que el profesor Cullen nos invita izar las velas de la reflexión, que habrá de aventurarse en los encrespados oleajes de la ciudadanía contemplada desde la problemática en la que sumerge a la subjetividad ético-política del hombre. Y siendo tres los derroteros aconsejados, hemos de narrar a continuación las comarcas que visitamos en la aventura que siguiendo una de aquellas tres vías vivimos. La carta de navegación a la que nos referimos llevaba por título "¿La ciudadanía supone la disponibilidad a la interpretación del otro, o acaso nos ilusiona con una supuesta invulnerabilidad frente a toda exterioridad?". Tal como lo sugiere "La Ciudadanía hoy", ésta tercera ruta es quizás la que nos lleve a la dimensión más profunda del problema, y es con ese animo de profundidad con el que la hemos transitado.

Y si nos parece que cuestionarse de ésta forma sobre la ciudadanía nos hunde en el aspecto más profundo de la cuestión, es porque tal pregunta nos ha conducido frente a las costas donde mora la vertiginosa pregunta acerca del Ser. Para no extraviarnos en insondables especulaciones metafísicas antes de haber comenzado siquiera a andar, proponemos pensar, en un primer término y con el sentido corriente del verbo ser, que la ciudadanía es un *modo* de ser. La ciudadanía es una forma en la que los hombres son, o dicho más amistosamente, es una de las tantas maneras bajo la que los hombres viven su vida. Ser miembro de un equipo o de una familia, ser amante del arte o de la naturaleza, ser amistoso o huraño, no son sino algunas de los incontables modos con los que los hombres viven sus vidas, o como se suele decir, son formas de ser. Ser ciudadano, pues, no es más que una forma de ser.

Frente a tal panorama la filosofía descubre *la* pregunta. Una única pregunta, una sola pregunta que pueda dar cuenta de todo, que lo cuestione todo, la única pregunta exhaustiva y completamente filosófica que pueda plantearse; ¿Ser, o no ser? ¿Ser, o no ser ciudadano? ¿Ser, o no ser filósofo? ¿Ser, o no ser artista? Es la pregunta acerca del Ser, y es, para muchos, *la* única pregunta auténticamente filosófica.

Y algo de razón poseen quienes así la entronizan. Más allá de su carácter único, de lo que no cabe duda es que, por lo menos, es la *primera* pregunta filosófica; es la pregunta central a la que nos enfrenta la reflexión. La reflexión puede ponerlo todo en duda, a todo y a todos, pero yo no puedo dudar que existo. Ya la reflexión, otra cosa no es la filosofía, supone mi existencia sobre la cual debo *re*-flexionar, debo volver a mi mismo, repensar mis pensamientos, replegarme en mi mismo, en última instancia, pensar-*me*. Sea mi propia vida, el mundo o la historia, el pensamiento no parece necesitar más que de si mismo para existir, no parece más que necesitar-*se*. Junto con Descartes, encontramos que hay una primera certeza inamovible que nunca puede ser puesta en duda pero desde la que puedo dudar de todo; esta evidencia no es más que la de mi propia existencia.

Llegados a éste punto puede parecer que *la* pregunta filosófica no logra poner absolutamente todo en duda dado que parte de una primer certeza inamovible. Por supuesto, es lícito sentir que nada pueda ser más imposible que el dudar de su propia existencia, es realmente inconcebible dudar que dudo. Por esto, la pregunta sobre el

ser, o el no ser, ya incluye un yo que es y que sólo desde su ser puede cuestionarse; la pregunta sobre el no ser ya supone el ser.

Habíamos dicho que había múltiples modos en los que los hombres son, que había miles de formas de ser. Después de Kant, y luego de Husserl, el mundo sólo tiene sentido para un yo individual que lo piensa y lo significa. De hecho, el *sentido* que el mundo pueda tener sólo puede otorgárselo un hombre que lo piense y se lo otorgue.

Volvamos a nuestra forma de ser ciudadana. Ser ciudadano es, ahora, no sólo una forma de ser, sino también y sobretodo, una forma de ser en el Ser. Y este Ser en el cual yo soy no es más que el ser que yo le otorgo al mundo viviéndolo: la forma como lo significo, haciéndolo existente para mí, *habitándolo* a mi manera. De esta forma, el yo que habita el mundo se erige en un trono desde el que *puede* en el mundo, que sólo interpreta para sí mismo y su tranquila espontaneidad de viviente solitario. La filosofía -tal como la entendimos- puede demostrar al preguntarse sobre la ciudadanía una innegable fertilidad en los terrenos, por ejemplo, del pensamiento político. Mas según la perspectiva que estuvimos siguiendo, aún la mejor y más acabada pregunta que la filosofía pueda formular a la ciudadanía siempre será una pregunta a medias, una pregunta que parte del basamento incommovible de la soledad de un yo. Esto puede no resultar problemático en cuestiones que sólo involucren al pensador, pero en cuestiones como la ciudadanía en las cuales *otros* están presentes, los riesgos son evidentes.

Me dirán que lo que yo propongo equivale a desacreditar a la filosofía, esto es a la reflexión, como inoperante y hasta peligrosa si a tales cuestiones se aplica. Y es eso precisamente lo que propongo. La pregunta filosófica sobre la ciudadanía (que todos los ciudadanos se formulan y sólo son conocidas las de los más doctos), no puede menos que llevarnos a una única respuesta: la seguridad. Seguridad del yo frente a *los otros*. Siendo la pregunta hija de la soledad de un yo, y no queriendo ni pudiendo la reflexión ir más allá de su propio pensador, la única respuesta que un yo puede darse a sí mismo es: yo. Yo me pregunto, yo respondo, y respondo "yo". La seguridad no es otra cosa que el instinto primero del yo quien, *racionalmente*, firmó un contrato en algún momento para garantizársela.

Se me preguntará como entonces es posible abordar la problemática de la ciudadanía teniendo en cuenta al *otro* que es, por definición, lo opuesto al yo. Pues bien, no filosófica o racionalmente. Hay una pregunta que es anterior a la filosofía y que por eso mismo no es filosófica ni es pregunta; es el sentimiento hacia el otro: el amor al prójimo. El amor al prójimo no es reflexión ni es filosofía... es amor. Amor que me llama sin que yo lo haya llamado, angustia de ver el rostro del otro que sufre, sufrir de ver sufrir a alguien que no soy yo. Y si bien nada de todo esto es racional, es igualmente verdadero ¿Ser-se, o no ser? ¿Ser-se, o renunciar al ser que desde mi soledad le otorgo al mundo? ¿Ser-se, o desear algo más que la mezquindad de la seguridad que para mi deseo? ¿Ser-se, o ser vulnerable? ¿Ser, o *de otro modo que ser*? ¿Serse, o no ser?

Por lo dicho, nos parece que el abordaje de la problemática de la ciudadanía debe realizarse desde otro lugar. Una pregunta por la ciudadanía desde la reflexión o la soledad ya es una pregunta analítica cuya única respuesta posible es la *seguridad del yo*. Por eso proponemos que la ciudadanía debe ser contemplada desde otro horizonte, desde un lugar que no forme parte del Ser, desde una instancia pre-reflexiva. Si Lévinas pone a la ética antes que la ontología y la política, pareciera que amparar al otro en nuestra pregunta sobre la ciudadanía sólo es posible si ponemos la ética antes que el pensamiento, esto es, al amor antes que a nosotros mismos.